

DOPPLER

Erlend Loe



DOPPLER

Erlend Loe

Nørdicalibros
2019

Traducción de
**Øyvind Fossan y
Cristina Gómez-Baggethun**

Título original: *Doppler*



© CAPPELEN DAMM AS 2004

© De la traducción: Øyvind Fossan y

Cristina Gómez-Baggethun

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Avenida de la Aviación 24, bajo P - CP: 28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: enero de 2019

ISBN: 978-84-17651-15-2

Depósito Legal: M-2370-2019

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gráficas Cofás (Móstoles)



Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*The woods are lovely dark and deep.
But I have promises to keep,
And miles to go before I sleep,
And miles to go before I sleep.*

ROBERT FROST

NOVIEMBRE

Mi padre ha muerto.

Y ayer le quité la vida a un alce.

¿Qué puedo decir?

Era o él o yo. Y yo estaba muerto de hambre. La verdad es que me estoy quedando en los huesos. La víspera bajé a Maridalen y robé algo de heno de una granja. Rajé un saco con el cuchillo y me llené la mochila de heno. Después me eché a dormir un rato y, al amanecer, bajé a la cañada al este del campamento y coloqué el heno a modo de cebo en un sitio que, desde hace tiempo, pienso que es el lugar perfecto para una emboscada. Luego tuve que esperar durante horas al borde de la cañada. Sé que hay alces por aquí. Los he visto. Incluso han llegado a acercarse a mi campamento. Vagan por el monte siguiendo sus propios impulsos, más o menos racionales. Los alces siempre están en camino. Parecen pensar que en otros sitios siempre se está mejor, y quizá tengan razón. En cualquier caso, al final apareció uno, aunque una cría lo seguía al trote y eso me desconcertó un poco. Habría preferido que viniera sin cría, pero ahí estaba ella y el aire soplabla en la dirección perfecta. Sujeté el cuchillo entre los

dientes, no el pequeño, sino el grande, el de carnicero, y esperé. Los alces se acercaban despacio por la cañada, mordisqueando algún brezo y algún brote de abedul. Al final la madre se detuvo justo debajo de mí. ¡Joder! ¡Qué grande era! Los alces son grandes, es fácil olvidar lo grandes que son. Y, en ese momento, salté sobre su lomo. Naturalmente, había repasado el procedimiento docenas de veces en mi cabeza y contaba con que aquello no le gustaría nada, con que intentaría escapar y, efectivamente, así fue. Pero antes de que alcanzara demasiada velocidad, logré asestarle una cuchillada en la cabeza. De un solo golpe, el arma atravesó el cráneo del animal y penetró su cerebro, de donde quedó asomando como un extraño sombrero. Me bajé de un salto y repté como pude hasta ponerme a salvo sobre una gran roca, mientras el alce veía pasar su vida por delante en un instante: las temporadas de comida abundante durante los soleados y ociosos días del verano, el fugaz enamoramiento del macho en otoño y la soledad posterior. El parto y la alegría de transmitir los genes, pero también los ajetreados meses de invierno de años previos, además del desasosiego, ese elemento de intranquilidad del cual, quién sabe, quizá le aliviara que la liberaran. La hembra repasó todo aquello en cuestión de segundos y, por fin, se desplomó.

Me quedé un rato mirándola, a ella y a su cría, que no había huido, sino que permanecía junto a la madre muerta, sin entender bien lo que había pasado. Sentí la punzada de un sentimiento desagradable, a la vez que extraño. Aunque llevo un tiempo viviendo aquí afuera, es

la primera vez que mato. Y acababa de matar un animal enorme, quizá el mayor de Noruega y, en contra de mis buenas intenciones, había explotado la naturaleza de la forma más brutal. Seguramente le había quitado más de lo que jamás sería capaz de devolverle, al menos a corto plazo, y eso no me gustaba nada. Tiene que haber un equilibrio en las cosas. Pero el hambre es el hambre y poco a poco le iré devolviendo algo, me dije al bajarme de un salto de la roca. Luego espanté a la cría, extraje el cuchillo del cráneo de la madre muerta y le abrí las tripas. Las vísceras se esparcieron por la tierra, y corté un trozo de la entraña, que me comí crudo. Allí mismo. A lo indio. Luego partí lo que pude en piezas manejables y me las llevé de vuelta al campamento, donde cogí el hacha y regresé para descuartizar el resto del alce. Al anochecer, había transportado todo el animal al campamento. Asé grandes pedazos de carne en la hoguera y me saqué por primera vez en varias semanas. Luego tendí el resto de la carne en un primitivo horno de ahumar que he construido estos días. Luego me dormí.

Y hoy, al despertar, oí a la cría fuera de la tienda. Todavía la oigo y la verdad es que no me atrevo a levantarme. Soy incapaz de mirarla a los ojos.

Pero tampoco puedo quedarme aquí tumbado. Necesito leche, leche desnatada. Funciono mal sin leche. Me pongo quisquilloso e irascible. Pero soy consciente de que para conseguir leche tengo que bajar a la civilización, por eso lo hago a regañadientes. Aun así, la leche

me resulta imprescindible. En ocasiones bajo hasta el estadio de Ullevaal como un hombre normal. La verdad es que antes lo hacía muy a menudo, por no decir a diario, pero después de... Bueno... ¿Cómo decirlo? Desde que me mudé al bosque, porque eso es lo que ha ocurrido, eso es lo que hago, vivo en el bosque, voy cada vez menos. En parte, porque no tengo dinero y, en parte, porque no quiero ver gente. Cada día siento más rechazo hacia la gente. Pero necesito leche. Mi padre también bebía leche, y ahora está muerto.

Sigo oyendo a la cría fuera de la tienda, me está acusando de una manera activa y ruidosa. Intenta emparanoiarme para que salga, pero yo me escondo en el saco de dormir y frunzo la cuerda para que solo quede un agujero entre el mundo y yo. De este modo, yo no puedo salir y el mundo tampoco puede entrar, y así me quedo un buen rato, en silencio absoluto, como un niño que finge que no pasa nada. Pero la cría no desiste. Sigue ahí. Y al final me entran ganas de hacer pis. ¡Por Dios! Solo es una cría, me digo. ¿Por qué iba a tener yo, un hombre hecho y derecho, cargo de conciencia por matar un alce? Así es el ciclo de la naturaleza. La cría tiene que aprenderlo y debería estar agradecida de que haya sido yo, Doppler, quien se lo ha enseñado y no un tipo sin escrúpulos que tal vez hubiera acabado también con ella.

Salgo y meo en el mismo sitio de siempre, la piedra plana a los pies de la tienda. Normalmente, se ven desde allí toda la ciudad y el fiordo, aunque hoy hay niebla.

Ignoro por completo a la cría, hago como si no estuviera, pero ella me observa atentamente mientras meo. Intento darle la espalda, pero ha debido de ver un poco y ahora quiere más. Se desplaza y me mira desde otro ángulo. Me vuelvo en otra dirección, pero la cría me sigue, como si quisiera comprobar que realmente ha visto lo que ha visto, como todo el mundo. *Story of my life*. De acuerdo, coño, le digo y me vuelvo hacia ella con los pantalones bajados y los brazos levantados. ¡Mira!, exclamo. ¿Te vale? ¿Has visto lo que querías? ¿Estás contenta?

Pero la insolente criaturita no parece contenta, me clava la mirada. Y yo tampoco estoy dispuesto a aguantarle todo a un alce, así que arranco el hacha que tengo clavada en un árbol a mi alcance y la lanzo con todas mis fuerzas hacia la cría, pero ella salta a un lado y se escabulle entre los árboles.

La vida me ha enseñado que da mal resultado intentar ocultar la verdad, así que será mejor que lo diga cuanto antes: tengo un miembro grande.

¿Qué puedo decir?

Tengo un órgano sexual de tamaño sorprendente, por no decir descomunal.

Dicho de otra manera, un pollón.

Siempre lo he tenido. Es grande. No hay palabra que lo defina mejor. Es largo y pesado. Y grueso. Es decir, grande.

En el colegio me llamaban Doppler, el de la Polla.

De eso, afortunadamente, hace años y ya no pienso mucho en ello, aunque en su momento me dolía. Al fin

y al cabo, tenía otras cualidades en las que quería que se fijara la gente.

Doppler, el de la Polla.

A decir verdad, me molesta mucho que me lo recuerden. Llevaba tiempo sin pensar en ello. Puto alce. Como vuelva, le parto la cabeza en dos.

Ayer no tomé ni gota de leche. Dedicué todo el día a espantar a la maldita cría de alce. Al poco de ahuyentarla hacia el bosque, volvió a aparecer, claro. Y para colmo, se quedó horas merodeando alrededor de la tienda de campaña. Me recordó a los alumnos de secundaria del instituto de Sogn, con ese edificio que parece diseñado para encajar en cualquier campo de concentración. Estuve años pasando por delante en bicicleta. Ahora, si quiero y no hay niebla, lo veo por los prismáticos. Los alumnos suelen quedarse parados por las esquinas, pasando el rato de manera algo incómoda y, a la vez, conmovedora, y fuman todo lo que pueden hasta que suena el timbre y tienen que volver a clase. Si la cría de alce tuviera acceso al tabaco, no se lo pensaría dos veces. Está sola en la vida y, poco a poco, se está dando cuenta de que el mundo es un lugar cruel, sin futuro ni sentido. Es una evidente señal de inmadurez que la tome conmigo, por supuesto, pero ¿qué puedes esperar? Al fin y al cabo, no es más que una cría.

A pesar de todo, y por muy cría que fuera, acabé perdiendo la paciencia. En silencio, me preparé para la caza y salí de un salto de la tienda con el hacha levantada para el

ataque, pero la cría se me volvió a escapar. Me pasé horas persiguiéndola por el monte. Estuvimos en Vettakollen, en el lago de Sognsvann y llegamos casi a Ullevålseter. El GPS indicaba que habíamos recorrido casi cincuenta kilómetros a una velocidad media de más de doce kilómetros por hora, y eso que atravesábamos bosque y terreno accidentado. La caída de la noche me cogió fuera y llegué a la tienda totalmente exhausto. Al cabo de un ratito, cuando la cría apareció de nuevo, ya no me quedaban fuerzas. Tiré la toalla. Esta noche hemos dormido juntos en la tienda de campaña. La cría ha contribuido con una sorprendente cantidad de calor. La he usado de almohada durante casi toda la noche y esta mañana, al despertar, nos hemos mirado el uno al otro de una manera muy íntima y cercana, rara vez he experimentado algo así con otro ser humano. La verdad es que creo que no lo he experimentado ni con mi mujer, ni siquiera al principio de nuestra relación. Ha sido casi excesivo. Lamento haberle matado a su madre y le he dicho que ya no necesita tener miedo; a partir de ahora, podrá ir y venir como quiera.

Como era de esperar, la cría no dice nada. Se limita a mirarme con ojos grandes y llenos de confianza.

Cuánto disfruto del hecho de que no hable.

Ayer nos pasamos el día entero charlando en la tienda. Le di agua y le busqué algunas ramas de corteza jugosa, mientras asaba para mí grandes piezas de carne en las ascuas de la hoguera. Le cepillé el pelaje con mi propio peine y, en un despliegue de pedagogía, le expliqué que si

el hombre lleva miles de años cazando alces no ha sido por mera diversión, sino por supervivencia. Dejar que la especie se propagara sin limitaciones habría tenido consecuencias catastróficas, le dije, sin tener muy claro qué le estaba diciendo, aunque creo haber escuchado o leído algo sobre el asunto en algún sitio, así que se lo solté y añadí que, cuando hay superpoblación de alces, se propagan tanto las enfermedades físicas como las mentales, lo que a la postre genera un ambiente muy desagradable en el bosque. Imagínate, le dije a la cría, que por cierto debería tener nombre, tengo que buscarle uno, imagínate fila tras fila de alces pestilentes y mentalmente enfermos peleándose por la comida, corriendo por todas partes, mugiendo y saltándose todas las reglas del bosque, desdeñando incluso los buenos modales que caracterizan a un alce de bien. Nadie quiere eso. Así que mis antepasados cazaban alces y, por eso mismo, seguimos cazándolos a día de hoy, le dije. Aunque ya no necesitamos ni la carne ni la piel para sobrevivir, lo seguimos haciendo, añadí a media voz. Nos gusta salir al bosque y disparar a los alces. Tengo entendido que entre cazadores se entablan buenas amistades y que hay mucho compañerismo, la caza del alce se ha convertido en una costumbre, le dije, lo hacemos por costumbre. Y para controlar el crecimiento de la población de alces, cosa que ya he mencionado. Así son las cosas. Aunque yo no maté a tu madre por costumbre, yo lo hice por necesidad. Llevaba varios días sin comer y no había vuelto a saciarme desde que terminó la temporada de arándanos. Sin embargo, lamento

haberlo hecho con un cuchillo, le dije, fue innecesariamente brutal. Pero el caso es que no tengo rifle y tampoco sé disparar. Entiendo perfectamente que me lo reproches y que, en tu relación conmigo, te veas desgarrado entre extremos emocionales, le dije. Estás en tu derecho. Tú mismo debes valorar tus sentimientos y trazar los límites donde consideres correcto. Ahora bien, quiero que sepas que estoy dispuesto a apoyarte durante este periodo difícil, le dije, y además, añadí tras una breve pausa, tu madre no habría tardado demasiado en cortar sus lazos contigo de forma igualmente brutal. Te habría apartado de su lado y te habría dicho: ¡Vete! Así sois los alces, parecéis muy buenos, pero luego tratáis a vuestros hijos a patadas. Sois unas bestias. Tenéis hijos, les dais algo de leche y unos cuantos consejos y, luego, ¡zaca! Cuando menos se lo esperan, ¡fuera! ¡A buscarse la vida! Muy pronto, tal vez la próxima semana, tu madre habría insistido en que tú te fueras por un lado y ella por otro, y ese habría sido un mal día para ti, te lo aseguro, un día que se queda grabado para siempre en la memoria de la mayoría de los alces, pero que ahora tú te vas a ahorrar porque yo le he quitado la vida a tu madre, de modo que, en vez de recordarla como una mentirosa, la recordarás como una madre que siempre estuvo a tu lado cuando la necesitabas y que, de pronto y sin sentido alguno, te fue arrebatada, le dije mientras le pasaba el peine por el lomo.

Por cierto, yo también he perdido a alguien recientemente, continué. He perdido a mi padre. Apenas lo conocí, nunca entendí quién era y ahora se ha ido. En cierto

sentido, estamos en el mismo barco. Tú has perdido a tu madre y yo a mi padre. En vez de dirigir tu rabia hacia mí, deberías dirigirla hacia el señor Düsseldorf, que vive ahí abajo, en la calle Planetveien. Le expliqué a la cría que durante una buena temporada me surtí de comida en su sótano. Su difunta esposa logró poner en conserva tantos frutos del bosque como para cubrir el consumo de un hombre durante toda una vida y, además, disponía de un congelador bien nutrido de panceta y otras carnes. Tras estudiar detenidamente el vecindario durante semanas, llegué a la conclusión de que la casa de Düsseldorf era la de más fácil acceso, en parte gracias al propio Düsseldorf, que es bastante descuidado y está considerablemente mermado en general, puesto que incluso le da a la bebida. De modo que, mientras él construía sus ridículas maquetas de guerra, siempre vehículos de la Segunda Guerra Mundial que reproducía a escala 1:20 o algo por el estilo, prestando una exagerada atención a los detalles y los colores, yo pasaba al jardín por la verja que llevaba abierta la mayor parte del verano y entraba en el sótano, donde me servía sin reparos de lo que había y me lo echaba todo al saco. Luego salía por donde había entrado y regresaba al bosque. Me parecía que tanto el señor Düsseldorf como yo podíamos estar contentos con el arreglo. A fin de cuentas, el hombre tiene todo lo que necesita en este mundo: una casa grande, una despensa surtida, suficiente dinero, a juzgar por los extractos del banco que deja sobre el aparador junto a la puerta del sótano, y para colmo, una afición que

sin duda llena y enriquece su vida. Es difícil imaginarse qué más podría desear un hombre como el señor Düsseldorf, le dije a la cría. Casi llegué a convencerme de que, si llamaba a su puerta y le preguntaba abiertamente si le parecía bien que entrara de vez en cuando en su casa para servirme de la abundancia de su sótano, me sonreiría y me diría que sí, que por supuesto. Pero luego debió de pensárselo mejor porque un buen día me encontré la verja del jardín cerrada y por todas partes había pegatinas y carteles que advertían de la presencia de alarmas y de centrales, de crimen y de castigo.

Hay que ver hasta dónde hemos llegado. Las personas se atrincheran tras verjas y muros y tienen miedo las unas de las otras.

De modo que me vi desprovisto de nuevo y como es natural, al cabo de unos días, empecé a pasar hambre. El hambre fue en aumento y, al final, no me quedó más remedio que tenderle una emboscada a tu madre y atravesarle el cráneo con el cuchillo grande. Así son las cosas. Así funciona el hambre, es lo que tiene, hace que todo lo demás parezca irrelevante. Sencillamente, necesitamos comer, le dije a la cría. Tal vez conozcas la sensación, o tal vez no. Esperemos que no.

La necesidad de leche es ya acuciante, así que cargo la mochila con quince kilos de carne de alce y me dirijo hacia el estadio de Ullevaal. La cría me sigue, pese a que le explico muy severamente que no puede ser. Tienes que

esperarme aquí, le digo. Esperar, repito con exagerada claridad, como si hablara con un niño de pocas luces. Estoy barbudo y desaliñado, bastante voy a llamar ya la atención como para aparecer acompañado de un alce. Relájate, le digo, no tardaré en volver. Pero no se relaja, no quiere que me vaya. Pobrecito alce, le digo. Crees que voy a abandonarte, pero no es así, solo voy a la tienda a conseguir leche y alguna otra cosa que necesitamos. Mis palabras no parecen surtir efecto. La ansiedad por la separación brilla en sus ojos y el apego que demuestra hacia mí me despierta cierta preocupación. Creía que los alces eran más independientes. Se está uniendo a mí de una manera que no me encuentro preparado para aguantar y me pillo reprochando a la madre muerta que sacara a la cría a pasear en plena temporada de caza. ¿Dónde tendría la cabeza?

Me detengo, me quito la mochila y le hago unas carantoñas. Intento cogerlo en brazos, pero pesa demasiado, así que opto por frotarle la frente con los nudillos en un gesto bromista y de compañerismo que en mi familia llamamos «darle al coco». Después me tomo la molestia de explicarle bien la situación. Soy muy partidario de explicar las cosas. Siempre lo he hecho con mis propios hijos porque creo que los niños se dan cuenta cuando pasa algo raro, cuando alguien les miente o intenta ocultarles los hechos. Por eso le explico a la cría por gestos que voy a ir adonde están los humanos y que ese es un lugar muy peligroso para un pequeño alce, que allí hay coches y autobuses, ruidos atronadores y muchas señales confusas.

Lo cierto es que eso es lo que caracteriza a los humanos por encima de todo lo demás, le digo, su maestría en las señales confusas, no hay quien los supere en este sentido. Ni buscando mil años encontrarías señales más confusas que las que emiten los seres humanos.

Y cuando los alces se pierden y bajan a la civilización, los humanos les pegan un tiro, le digo por gestos y finjo ser un alce desorientado que recibe un disparo y muere de forma espantosa. Por eso, concluyo, es mejor que me esperes aquí. Dentro de un par de horas estaré de vuelta y quizá podamos hacer algo que nos agrade a los dos.

Espero una señal que indique que me ha entendido y está de acuerdo, pero no la recibo. A pesar de mi explicación y de mi buena voluntad, me sigue, de modo que termino atándolo a un árbol con una cuerda. Se acabó.

El encargado del supermercado ICA se muestra reticente, le leo la mente como un libro abierto. Exuda dudas por todos los poros de la piel. Ayuda a un pobre cazador-recolector, le digo, pero me doy cuenta de que le resulta todo muy extraño.

Nos encontramos en el almacén y el hombre intenta aparentar calma, pero, a pesar de todos sus cursos de sonrisas y de las teorías sobre la importancia del cliente, emana incredulidad. Lo que le estoy pidiendo dista años luz de cualquier regla y normativa, claro. Le estoy ofreciendo carne de alce a cambio de leche y alguna otra mercancía de su abundante surtido, pero la oferta le produce rechazo.

Soy consciente de que, para la mayoría de las personas, este tipo de economía está obsoleto, le digo. Sin embargo, ya estoy aquí y la carne es buena, y además el trueque es una bonita forma de economía, insisto. Se trata de hacer cosas los unos por los otros. Estoy convencido de que esto va a volver, argumento. Ya verás como vuelve y, si accedes a mi propuesta, podrás presumir de haber sido uno de los pioneros. Serás un creador de tendencias, porque es evidente que el trueque va a volver. Dentro de diez años, será lo único que valga. Está más claro que el agua, le digo. Las cosas no pueden seguir como hasta ahora. Es imposible. Si miras cualquier periódico o revista, verás que queda poca gente despabilada que aún dude que debemos cambiar nuestro patrón de consumo si queremos que esto siga funcionando más allá de unas pocas décadas. Veo que lo estás valorando, le digo. Te lo estás pensando. Me doy cuenta de que todavía no has dicho que no.

El encargado tiene alrededor de treinta y cinco años y parece bastante contento consigo mismo. Seguro que cuenta con una sólida formación, en su campo, y debe de estar encantado de contribuir al funcionamiento de la tienda ICA del estadio de Ullevaal. Además, el local está recién renovado, es uno de los supermercados más modernos del país. Mostradores de productos frescos hasta donde te alcanza la vista, donde ofrecen jamones de Parma, por miles de coronas, por cierto, quesos tan grandes como casas y, seguramente, un ambiente de trabajo encantador en el cual se cuidan los unos a los otros y se implican en el trabajo. Se lo está pensando. Tiene mucho

que perder, pero ¿qué probabilidad hay de que alguien se entere? Además, le encanta la carne de alce. En cierto modo, los alces no se discuten.

Mira a su alrededor como para asegurarse de que ninguno de sus subordinados se encuentra lo bastante cerca para quedarse con lo que va a decir. ¿Qué necesitas?, pregunta. Varias cosas, le digo, pero lo más importante es llegar a un acuerdo sobre la leche. ¿Un acuerdo sobre la leche?, repite. Asiento con la cabeza. Yo, es decir, mis órganos y mis células, en fin, mi cuerpo, necesitamos más de un litro de leche desnatada al día, le digo. Por eso, lo que quiero es que los lunes y los jueves, a la hora de apertura de la tienda, dejes tres y cuatro cartones de leche, respectivamente, cerca del almacén, por ejemplo, entre el contenedor de basura y la pared.

¿Por qué leche desnatada?, pregunta.

Buen hombre, le digo, porque la leche desnatada representa el mayor logro producido por la humanidad hasta la fecha. Cualquiera idiota ha podido siempre proveerse de leche normal de vaca, le digo, pero dar el paso a la leche desnatada requiere un regio pensamiento y una sublime técnica de separación que no se ha logrado depurar hasta los tiempos modernos. La verdad es que me temo que la humanidad nunca llegue más allá. La leche desnatada permanecerá siempre en la cúspide. Aunque también nos proporciona un reto que superar.

La leche desnatada ennoblece al hombre.

¿Cuántas semanas va a durar esto?, pregunta. Tan-
tas semanas como sean necesarias, le contesto. ¿Necesarias

para qué?, pregunta. Eso ya se verá, le digo. Y además necesito unas pilas y alguna otra cosilla de la tienda. ¿De cuánta carne estamos hablando?, pregunta. Hoy te doy lo que traigo en la mochila, al contado, y si el trato dura más allá de las Navidades, te daré más. De acuerdo, dice y me estrecha la mano. Esto ha estado bien. Es una victoria para la cultura de la caza y recolección. Alce matado a cuchillo a cambio de leche y otros productos de consumo. Esto es revolucionario.

Tal vez el mundo, pese a todo, tenga salvación.

Dentro del supermercado, me encuentro nada menos que con mi mujer. A estas horas, suele estar en el trabajo, pero es evidente que hoy no lo está. Sus motivos tendrá.

Hola, le digo.

Vaya pinta que tienes, me responde.

No exagero si digo que a mi mujer le extraña que me haya ido a vivir al bosque. Da la impresión de no entender gran cosa, pero tampoco se lo reprocho. La verdad es que no estoy seguro de que yo mismo lo entienda. Acabábamos de enterrar a mi padre y mi madre, mis hermanas y yo habíamos arreglado todos los asuntos prácticos cuando, un día, salí a dar un paseo en bicicleta. Era primavera y fue todo un placer volver a montar en bicicleta por el bosque después de un largo invierno. Aunque yo monto en bicicleta todo el año, claro. Ida y vuelta al trabajo. Soy ciclista. Ante todo, soy ciclista. No hay condiciones climatológicas que me detengan. Durante el invierno uso neumáticos con púas. Tengo casco, guantes de

bicicleta, pantalones y chaquetas adecuados, ciclocomputador, faros y luces. Cubro una distancia de cuatro mil kilómetros al año sobre las ruedas de mi bicicleta y no tengo reparos a la hora de destrozar los limpiaparabrisas de los coches que no saben comportarse como es debido. Les golpeé el capó o la ventana lateral, les grito hasta desgañarme y no me achanto cuando los conductores detienen el coche y tratan de cogerme. Discuto hasta sacarlos de sus casillas y me aferro a mis derechos de ciclista como si me fuera en ello la vida. Me desplazo con rapidez, mucho más rápido que los coches. Lo que más disfruto son los atascos de la mañana, cuando bajo por la calle Sognsveien, por ejemplo, cruzo Adamstuen y sigo por las calles Therese y Pilestredet. Siempre hay muchos coches y, a menudo, varios tranvías. El tranvía corre por medio de la calle Therese y, como casi siempre hay tráfico en sentido contrario, los coches se ven obligados a parar, mientras que yo me subo a la acera de un pequeño salto, esquivo con buen margen a la derecha a los pasajeros del tranvía y, cuatro o cinco metros más allá, regreso a la calzada, con tiempo de sobra antes de que el tranvía vuelva a arrancar. Justo allí, la acera es un poco más alta de lo normal, y tiene una leve inclinación hacia arriba, de modo que puedo coger impulso y luego aterrizar entre los raíles del tranvía con las dos ruedas al mismo tiempo. Es una sensación deliciosa, aunque intento no hacer un número de ello. Los que me observan lo ven, y tal vez alguno se inspire y se compre una bicicleta. Solo pensarlo es recompensa suficiente y el pensamiento me acompaña el

resto del día, por ejemplo mientras me dirijo al siguiente obstáculo, que es la rotonda de Bislett, donde ostento otra técnica depurada que disgusta a los conductores profesionales y quizá no sea del todo legal. Pero es que como ciclista te ves obligado a operar fuera de la ley. Te ves forzado a vivir al margen de la sociedad, siempre en conflicto con el sistema de tráfico establecido, que cada día se concentra más en el tráfico motorizado, incluso para la gente sana. Los ciclistas estamos oprimidos, somos una minoría silenciosa que constantemente pierde cotos de caza y se nos fuerza a aceptar patrones que no encajan con nosotros, no se nos permite hablar nuestra propia lengua y nos obligan a pasar a la clandestinidad. Pero ¡ojo! El sinsentido es tan evidente que la rabia y la agresividad se van acumulando en los ciclistas y nadie debería sorprenderse de que, un buen día, cuando los no ciclistas hayan engordado tanto que apenas sean capaces de entrar y salir de sus propios coches, contraataquemos con todos los medios a nuestro alcance.

Soy ciclista. Soy marido, padre, hijo y trabajador. Soy propietario de una casa y de muchas cosas más.

Somos tantas cosas a la vez...

El caso es que me fui a dar una vuelta en bicicleta. Era primavera. Y me caí de forma bastante aparatosa. Ya se sabe que por los caminos del bosque se alcanzan velocidades considerables y que los márgenes son a menudo pequeños. Me había desviado de una senda y estaba bajando por un pequeño terraplén cubierto de brezos cuando la

rueda delantera se me quedó atrapada entre dos rocas. Salí volando por encima de la bicicleta y, al caer, me golpeé la cadera contra una raíz del suelo. Después la bicicleta me cayó encima y me dio un golpe en la frente. Me quedé tirado. Al principio el dolor era insoportable. No podía ni moverme. Me quedé paralizado, mirando unas ramas que se mecían levemente en la ligera brisa. Por primera vez en muchos años, sentí un silencio más que notable. Al cabo de un rato, cuando los dolores empezaron a remitir, experimenté una bendita placidez. Solo había el bosque. La habitual mezcla de todo tipo de sentimientos y pensamientos compuestos, de planes y de deberes, había desaparecido. De repente, no había más que bosque. Y tampoco tenía en la cabeza ninguna enervante canción infantil. Normalmente, siempre tengo en mente las bandas sonoras de las películas que ven mi hijo y sus amigos en vídeo o en DVD, son melodías extremadamente penetrantes y estudiadas. Se me quedan grabadas en el sistema nervioso central. En el momento de la caída, llevaban meses reproduciéndose en mi mente y me habían estado molestando todo el invierno, tanto en el trabajo como en mi tiempo libre, e incluso durante el proceso de la muerte de mi padre. Había llegado a considerar la posibilidad de buscar ayuda. *Pingu*, por ejemplo, la producción alemana sobre un pingüino que tanto le gusta a mi hijo. Baaa, baaa, bababa, baa, baa, bababa, baba, baba, baba, baba, baba, baba, baaa, ba, ba, baa, ¡BAAAA! El soniquete me daba vueltas en la cabeza durante días enteros, desde que abría los ojos por la mañana hasta que me iba a la

cama por la noche. Mientras me duchaba, mientras desayunaba, mientras iba al trabajo en bicicleta, durante las reuniones y cuando volvía a casa, cuando hacía la compra, cuando recogía a los niños en la guardería, todo el rato sonaba en mi cabeza. *Pingu* de la mañana a la noche. Otros días era *Bob, el constructor*. ¡Oh, no! Booob, ¿se podrá arreglar? ¡Claro que sí! ¡Bem, bem, bembembem! ¡BEEEM! O los *Teletubbies*. ¡Qué horror! Esas, y perdón por la expresión, horripilantes figuritas supuestamente afables que por lo visto han desarrollado unos psicólogos británicos para satisfacer los inescrutables impulsos y la curiosidad de los niños más pequeños. Funcionan de puta madre si tienes dos años, pero son una verdadera anestesia para todos los demás. ¡Tinky Winky! ¡Dipsy! ¡La La! ¡Po! Teletubbies. Teletubbies. Dicen: ¡Hola! Dan ganas de pasarlos por la trituradora. Y luego está *Thomas, la locomotora*, que quizá no sea lo peor. Al menos las primeras cincuenta o sesenta veces que lo oyes. Con su melodía optimista: ta-ta-ta-ta-tata-taaaaa, ta-ta-ta-taaa-ta, ta-ta-ta-taaaa-ta, etcétera, acompañada de paisajes formalistas de trenes de juguete que recuerdan un poco a Inglaterra, aunque todos los niños saben que en realidad se trata de la isla de Sodor, donde la locomotora Thomas circula alegremente de un lado a otro acompañado de sus vagones Annie y Clarabel y de sus colegas las locomotoras Percy, Toby y James, o como se llamen, además del helicóptero Harold, el autobús Bertie, la apisonadora Terrence y el revisor gordinflón, o el señor Sombrero, como solemos llamarlo en casa, el que alaba intensamente a los trenes en

cuanto hacen algo bien, cosa que hacen muy a menudo. Por ejemplo puede decir: Eres una locomotora muy útil, Thomas. Aunque a veces cambia a un tono más severo, como aquella vez que las locomotoras grandes se pusieron estupendas y se negaron a sacar sus propios vagones. Esas cosas no está dispuesto a aguantarlas.

Sin embargo, ahí tumbado entre los brezos, el señor Sombrero había salido de mi mente y la canción se había silenciado, igual que se habían esfumado milagrosamente todos los pensamientos en torno al cuarto de baño. No recordaba la última vez que no había pensado en el cuarto de baño. Pero, de pronto, no quedaba ni rastro de él en mi cabeza. De repente, no estaba valorando si escoger los azulejos italianos o los españoles, si era mejor que tuvieran la superficie mate o con brillo, ni si tirábamos la casa por la ventana y apostábamos por un mosaico de vidrio, una propuesta que mi mujer aplaudía clamorosamente. Por no hablar de los colores. No pensaba en absoluto en los colores. Ni en el azul ni en el verde ni en el blanco. No era que me diera igual el color del techo o de los azulejos, era que el pensamiento en sí mismo había desaparecido. Me había librado de aquel eterno girar de la rueda. Ni siquiera tenía en mente la grifería, a pesar de que hay setecientos tipos distintos de grifos, que pueden entregarte en un plazo de seis semanas si escoges el acabado mate, y algo más rápido si te conformas con el modelo estándar, aunque ¿por qué conformarse con lo normal? Y tampoco pensaba en la bañera, que tuvimos que discutir el mismo día en que Estados Unidos e Inglaterra

intervinieron en Irak. Recuerdo lo mucho que me molestó darme cuenta de que también íbamos a tener que opinar sobre la guerra. Me resultó muy molesto. Como si no tuviéramos bastante con los problemas del baño, de pronto teníamos también que escoger bando en la guerra de Irak. Me disgustó que pasaran cosas en el mundo que convertían aquello que me estaba suponiendo tanto esfuerzo mental en un hecho insignificante. No solo me faltaba perspectiva, sino que tampoco quería tenerla. Durante semanas, me fastidió el hecho de que fueran incapaces de esperar a que nosotros termináramos la obra del baño antes de empezar a bombardear. A la mierda con ellos, me dije, porque, entre tanto, ¿íbamos a decidarnos por la bañera de fabricación polaca, que era considerablemente más barata que la sueca, que también nos había gustado bastante? ¿O íbamos a mantener una postura rígida y anteponer siempre la calidad al precio? A fin de cuentas, cada bañera tenía sus pros y sus contras. No se podía decir que la sueca fuera mejor en todo. Nos dibujábamos la posición de la bañera el uno al otro y elaborábamos listas con argumentos a favor o en contra de la bañera sueca y de la polaca, mientras las bombas sobrevolaban el Éufrates, o tal vez fuera el Tigris, o ambos, en la televisión cuyo sonido habíamos silenciado. Era un proceso tan agotador, tan devorador que, si por un momento le restabas importancia, el proyecto entero podía derrumbarse, y quizá incluso el matrimonio.

Y tampoco el inodoro formaba parte de mis pensamientos cuando me vi tirado entre los brezos. No pensaba

en si era mejor el modelo empotrado, que es lo que se lleva ahora, o si bastaría un modelo más clásico, separado de la pared. Incluso las conversaciones con el fontanero quedaron a distancia aquella tarde en el bosque. En particular, aquella inquietante conversación en la que el hombre nos comunicó que el primer fontanero había cometido algún error que impedía que la mierda encontrara la salida a través del hormigón y que, dentro de pocos segundos, iba a empezar a levantar otra vez todo el suelo para instalar tuberías nuevas.

Todo aquello había desaparecido. De repente, había un montón de cosas en las que no pensaba.

Lo que, sin embargo, sí ocupaba mis pensamientos mientras yacía herido sobre el brezo, con el sol de primavera calentándome la cara, era que mi padre se hubiera ido para siempre sin que yo hubiera llegado a conocerlo de verdad, que de hecho no hubiera sentido nada especial cuando mi madre me contó que había muerto. Murió por la noche. De pronto. En silencio. Y ahí, tirado entre los brezos, los hechos se me presentaron con todo su peso y me resultaron dramáticos. Estás aquí y de repente te vas, ocurre de un día para otro. De pronto la idea caló en mí con toda su crudeza y me di cuenta de que la diferencia entre una situación y la otra es tan abismal que incluso el propio pensamiento tiene que renunciar a entenderla. Puedes serlo todo y tenerlo todo y en cuestión de segundos, puedes no ser ni tener nada, porque ya has sido y tenido por última vez. Es una disposición chocante. Una alternativa lo abarca todo y la otra

nada. La perplejidad que me causaron estos pensamientos, combinada con el golpe en la cabeza, hizo que, por un instante, me quedara dormido. Al despertar, pensé en algo que me había dicho pocos días antes mi hija, de dieciséis años. Habíamos ido a un café después de ver en el cine Colosseum *El Señor de los Anillos: Las dos torres*. Ella ya la había visto once veces y había llegado a la conclusión de que, a esas alturas, yo no podía seguir caracterizándome por no haberla visto. O, al menos, que ella no podía admitir que su padre no formara parte de algo que ella consideraba un acontecimiento histórico. Mi hija había hecho cola delante del cine durante un par de semanas para no perderse el estreno. Ella, su novio, sus amigas y los novios de sus amigas. Vestidos de elfos. Previamente, habíamos mantenido una intensa ronda de negociaciones con el colegio para que aprobaran que se ausentara tanto tiempo de clase en pleno curso escolar, pero mi hija es una alumna ejemplar y el profesor de inglés la había apoyado diciendo que no había peligro. Además dicen que Tolkien es un autor excelente para despertar la curiosidad de los jóvenes, así que por nosotros no había problema, y teníamos un saco de dormir bueno y todo eso. En cualquier caso, hay una secuencia en la película en la que al malvadísimo Saruman —que, por cierto, es clavadito al difunto líder de Hamás, el que tenía el pelo y la barba blancos y siempre aparecía en silla de ruedas, diciendo con voz de pito que, pase lo que pase, los palestinos jamás se rendirán—, le destruyen dramáticamente las minas y la torre cuando ya lleva una buena temporada

dedicado a la cría de orcos, unos malvados monstruos parecidos a los *trolls*, a los que ha ordenado destruir todo lo que es bueno. Los que se interponen en su camino son unos árboles a los que los hobbits han convencido para entrar en acción. Entre otras cosas, los árboles destruyen una presa y liberan un torrente de agua que causa grandes daños a Saruman. Al salir del cine, en un desliz, se me ocurrió decir que seguro que Saruman se lo pensaba dos veces antes de volver a construir una torre junto a una presa. Mi hija lo dejó pasar, pero llegó a la cafetería con la mirada desquiciada. Yo tenía curiosidad por saber qué le pasaba, aunque no puedo decir que me oliera lo que estaba a punto de decir. Encontraba tan inescrutable a mi hija que, en todo momento, estaba preparado para oírla decir cualquier cosa. Las quinceañeras siempre me han parecido muy enigmáticas, especialmente cuando alcancé su misma edad. Y desde entonces la distancia entre ellas y yo no ha dejado de aumentar, como es natural. Ahora tengo a mi propia quinceañera y, tal y como veía yo las cosas aquella noche hace casi seis meses, podía esperarme cualquier cosa. Elige la idea más irracional que puedas imaginarte y multiplícala por el número más alto que se te venga a la cabeza, y creo que estarás cerca de mi hija.

Entramos en la cafetería y nos sentamos. ¿Qué te pasa?, le pregunté finalmente.

Y me dijo que la había sobrecogido que, después de ver semejante epopeya, mi primer comentario hubiera podido ser tan cínico, le chocaba que no me hubiera

conmovido en absoluto que acabáramos de formar parte de una historia increíble.

Bueno, tanto como formar parte... le dije. Hemos visto una película de *trolls* excepcionalmente costosa. Ha sido emocionante y estoy encantado de haberla visto, puesto que significa tanto para ti.

Entonces me dijo que aquello no podía aceptarlo y que solo confirmaba que la distancia entre nosotros era tan grande como ella se temía o, si cabe, incluso mayor.

¿Qué quieres que te diga?, le pregunté.

Hemos presenciado una historia sobre el bien y el mal, me dijo mi hija. ¿No sientes nada en tu corazón?

Sí, por supuesto. Ya te he dicho que me ha parecido emocionante. Entiendo que ese anillo es peligroso y que mucha gente quiere conseguirlo, y además ese tipo estaba muy bien hecho, ¿cómo se llamaba? ¿El que era transparente y comía pescado...?

Gollum, contestó.

¡Eso!, le dije. Estaba bien hecho. No sé cómo lo han conseguido, pero es impresionante. Y las escenas de batallas, poderosísimas, desde luego.

¿Sabes cuál es tu problema, papá?, me dijo.

Negué con la cabeza.

No te gustan las personas, dijo. No quieres a la gente. Por eso no me gustas.

Y se levantó y se marchó.

Cortó conmigo como si fuera su novio. En realidad fue bastante impresionante. Por un momento, me sentí

orgullosa de ella. Ahí va mi hija, me dije al perderla de vista. Saldrá adelante, estoy seguro. Después pedí una cerveza y archivé lo sucedido en mi carpeta de comportamientos irracionales, pensando que al cabo de un par de días volvería a ser la de siempre. Y así fue, más o menos.

Pero cuando, unos días más tarde, me vi tirado entre los brezos, sintiendo el dolor en la cadera y el sol en la cara, me di cuenta de que mi hija tenía razón.

A mí no me gustan las personas.

No me gusta lo que hacen. No me gusta lo que son. No me gusta lo que dicen.

Mi hija había puesto el dedo en la llaga. Había formulado con palabras algo cuyas consecuencias yo llevaba tiempo intentando esquivar. Durante los últimos años, me había ido distanciando de las personas a mi alrededor. No estaba comprometido con el trabajo y tampoco lo estaba del todo en casa. Mi mujer ya me lo había comentado varias veces y se echaba la culpa a sí misma, y yo le había dejado hacerlo, a falta de una explicación mejor. Es imposible asumir que el error es tuyo, al menos mientras haya otros dispuestos a cargar con la culpa. Casi constantemente me encontraba en un estado en el que registraba que pasaban cosas en el mundo y, sin embargo, no sentía que tuvieran nada que ver conmigo. Y mi hija, vestida de elfo, lo vio claro y cortó por lo sano.

Esa tarde, me quedé un buen rato entre los brezos. Vomité un par de veces y cuando, al cabo de un rato, me entró hambre, intenté derribar una ardilla con la bomba

de inflar las ruedas, aunque la verdad es que fallé. En ese momento me llamó mi mujer al móvil y me preguntó cuándo iba a volver. Me he caído de la bicicleta, le dije, intentando ponerme de pie, cosa que más o menos conseguí. Ahora voy, le dije, mientras empezaba a cojear hacia casa, apoyado en la bicicleta.

Tenía rasguños importantes, un moratón amarillo tirando a rojo del tamaño de un filete empanado, por poner un ejemplo, y probablemente una especie de conmoción cerebral. Mi mujer me vendó las heridas y yo le dije que la culpa era mía, no suya. Vale, contestó. ¿Y qué es lo que te pasa? Es pronto para decir algo al respecto, le contesté, pero el caso es que he estado pensando un poco en el bosque. Eso está bien, me dijo.

Los días siguientes me quedé en casa y no fui a trabajar. El médico del trabajo me dio una baja y me aconsejó un par de semanas de reposo.

Mi hija seguía viendo una y otra vez *El Señor de los Anillos* y me había dejado muy claro que no quería escuchar más sarcasmos al respecto, mientras que mi hijo Gregus, Dios sabrá cómo consentí en llamarlo así, seguía viendo sus enervantes vídeos a todas horas, salvo cuando estaba en la guardería. ¡Benditas sean las guarderías!

Un día, cuando la baja médica tocaba a su fin, empecé a ojear una pila de fotos y papeles que me había dado mi madre y que habían sido de mi padre. Había recibos, apuntes y, curiosamente, una gran cantidad de fotos de retretes. Cuando llamé a mi madre, me contó que, durante sus últimos años de vida, mi padre había fotografiado

sistemáticamente todos los retretes que había usado, pero que nunca había explicado por qué. Los fotografiaba y se callaba. El resultado fueron cientos de fotos de inodoros, además de fotos de los árboles, las rocas y demás lugares donde a los hombres les da por mear cuando están al aire libre. De repente tuve la sensación de conocerlo incluso menos de lo que creía, aunque me gustaron las fotos y también su idea de fotografiar retretes. Le sentaba bien. Mi padre, el fotógrafo de retretes. A consecuencia de esto, o a consecuencia del estado de ánimo que todo ello me produjo, o esperemos que al menos a consecuencia de algo que tenga que ver con algo, llené la mochila siguiendo un impulso que en aquel momento, igual que ahora, me pareció casual, y me vine al bosque. Dejé una nota sobre la mesa de la cocina en la que explicaba escuetamente que me iba de excursión al bosque y que no sabía cuánto tardaría en volver, pero que no me esperaran para cenar. De esto hace ya casi medio año y, desde entonces, no he visto a mi mujer más que un puñado de veces. Ha venido a la tienda de campaña en un par de ocasiones para tener relaciones sexuales e intentar convencerme de que vuelva y, aunque en ambas ocasiones le he prometido hacerlo, no he cumplido mi palabra. Le digo que voy a ir, pero luego no voy. En cierto sentido, va pareciéndose a una mentira, pero qué más da, es mi vida y necesito pasar un tiempo en el bosque.

A mi mujer le preocupa lo que crea y piense la gente, como dice ella. A mí eso ya me da igual. Nada me importa menos que lo que piense la gente, que piensen

lo que quieran. De todos modos, a mí no me gusta casi nadie y raras veces me infunden respeto sus opiniones. Nuestros supuestos amigos hace tiempo que no me interesan, aunque vienen y van por casa, igual que nosotros por las suyas, en un continuo trajín de cenas, niños, fines de semana en cabañas y veraneos en casas alquiladas en el extranjero. Yo siempre he participado en eso, claro, de modo que, del modo más repulsivo, me he convertido en un componente natural de todo el asunto. Supongo que al irme al bosque les habré dado motivos para pensar lo suyo. Fíjate, dirán, precisamente Doppler, un hombre con un buen trabajo, una familia preciosa, una casa grande en plena remodelación y, además, con buen gusto. ¿Qué le digo a la gente cuando me pregunte?, me ha repetido varias veces mi mujer en un tono desesperado. Di lo que quieras, le digo. Di que me he obsesionado con la fauna y la flora, di que me he vuelto loco, di lo que te dé la gana.

Soy consciente de que mi comportamiento pone a prueba a mi mujer. He intentado explicarle que mi pequeña escapada no tiene nada que ver con ella, pero me doy cuenta de que le resulta difícil de creer. Al principio sospechaba que tenía una aventura con otra, pero ya no. En cierto sentido, ha asumido la idea de que ahora vivo en una tienda de campaña, aunque ella no entienda por qué. En lo bueno y en lo malo, dijimos cuando nos casamos. El problema es que una misma cosa puede ser buena para uno y mala para el otro.

Estoy embarazada, me suelta de pronto frente a la sección de sopas instantáneas del supermercado ICA más grande de Noruega.

¡Santo cielo!, le digo. ¿Otra vez? Apenas hemos mantenido relaciones sexuales desde que me mudé al bosque, como digo, habrán sido dos o tres veces a lo sumo. Me ha visitado alguna vez por la noche, pero se ha marchado después de un breve encuentro en el que apenas se ha tomado la molestia de quitarse el abrigo.

Salgo de cuentas en mayo, me dice. Si no has vuelto a casa para entonces, olvídate de todo. Se acabó. ¿Entiendes?

Escucho lo que dices, le respondo.

Estoy harta de estar sola con los niños y de no contar con tu sueldo, exclama.

Eso también lo entiendo, le digo. Pero no vivo en el bosque por diversión. Vivo allí porque lo necesito y es difícil que tú lo entiendas porque nunca has sentido la necesidad de vivir en el bosque. Tú siempre funcionas bien, mientras que yo funciono mal, tú te relacionas con la gente con gusto y facilidad, mientras que yo lo hago a disgusto y con dificultad.

Te estás volviendo igualito que tu padre, me dice y se da media vuelta para marcharse.

Mayo, es lo último que la oigo decir. Se detiene y lo repite. Mayo.

¡Cuántas cosas de una sola vez! Bajar a la civilización y tratar con los seres humanos equivale a meterse en líos.

Se lo expliqué al alce, pero no estuve atento a mi propio caso. Como es obvio, debería haberme asegurado de que mi mujer no estuviera en la tienda antes de pasearme por allí como un hombre cualquiera. Pero el daño ya está hecho, información delicada ha cambiado de manos y voy a ser padre de nuevo. Qué horror. Eso implica otros tantos años de canciones infantiles compuestas con cinismo de la mañana a la noche, no sé si mi salud mental podrá soportarlo. Ojalá tuviera un órgano sexual más pequeño, uno que mi mujer no echara tanto de menos. Un órgano chiquitito y sin fuerza del que ella pudiera prescindir en su vida. Pero tendré que vivir con el miembro que me ha tocado y nunca he visto ningún anuncio ni me han llegado correos electrónicos ofreciendo reducciones de tamaño de este órgano en concreto, y un rasgo conciliador de los niños es que, pese a todo, traen consigo una dimensión de encanto que en fugaces instantes tiene su aquel. El nacimiento y la muerte, sin embargo, constituyen un círculo repulsivo. Desaparece mi padre y aparece una vida nueva. Alguien a quien no llegué a conocer a fondo es sustituido por alguien a quien, probablemente, tampoco llegue a conocer del todo.

Y si algo tengo claro es que no empiezo a parecerme a mi padre. ¿Cómo ha podido decir eso? Odio que me suelte ese tipo de frases, como si supiera cosas que yo ignoro, como si llevara tiempo pensando en ello y, de repente, decidiera compartir parte de su conocimiento conmigo, pero solo un poco, solo la punta del iceberg, una mera insinuación para darme algo que rumiar y que yo mismo

pueda completar la historia. Usa a menudo esta técnica y, la próxima vez que me la encuentre, pienso decirle que se la meta por el culo.

Mientras camino de regreso al bosque, se me ocurre que la cría se llamará Bongo, por mi padre. Aunque mi padre no se llamara así, la cría se llamará Bongo por él. A veces conviene expandir la mente y aceptar este tipo de conexiones.

En la mochila llevo leche, harina, huevos, aceite y otros productos de primera necesidad, pero principalmente leche, claro, además de un juego de cartas emparejadas, con fotos de animales, que he logrado trocar en la librería. Me bastó medio kilo escaso de carne. Los alces son versátiles y pueden usarse para muchas cosas. A propósito de la leche, me paro en la linde del bosque y me despido de las últimas casas de los seres humanos, tomándome un litro de leche de un solo trago. Después doblo el cartón meticulosamente y me lo guardo para encender más tarde la hoguera.

En realidad, vivo a pocos cientos de metros de la linde del bosque, pero nadie pasa nunca por el campamento. La gente sigue las sendas, que se entrecruzan por todas partes, y las hay a cientos. Apenas puede decirse que viva en el bosque y, sin embargo, vivo del todo en el bosque porque nadie pasa nunca por allí. El terrateniente Løvenskiold, propietario del bosque, no sabe nada del asunto. En Noruega puedes tener la tienda montada en un mismo sitio durante un máximo de tres días y la

mía lleva casi doscientos. A Løvenskiold no le gustaría un pelo. Y los votantes de derechas, que se pasean en bombachos los domingos o en sus días libres o simplemente para sacar al perro, tampoco se percatan de mi presencia. Absortos por sus pensamientos de derechas, pasan constantemente y a toda velocidad a solo cincuenta metros de mi campamento, de camino a Vettakollen, donde contemplan la ciudad desde las alturas y confirman que siguen viviendo en una de las mejores zonas de la ciudad, y sin embargo no tienen la menor idea de que existo. Mientras ellos piensan en colocar otro puñado de dinero en un fondo de bajo riesgo o en que ya va siendo hora de obligar al vecino a podar un poco ese árbol que amenaza con comerse parte de sus vistas sobre el fiordo, o que hace sombra a sus jardines, yo estoy en mi tienda, pensando en lo poco que me gusta esa gente, pero sin que ellos lo sepan, cosa que sí me gusta. Eso me aporta algo, por extraño que parezca. Creo que tiene que ver con el placer de esconderse. El viejo placer de no ser visto. Quedarte agazapado y callado como un muerto, pensando que nadie te va a encontrar, resulta edificante.

Bongo casi se pone loco de alegría al verme y pasamos el resto del día dentro de la tienda. Jugamos a las cartas emparejadas y echamos un rato agradable, incluso recupero en parte esa sensación de estar con tu mejor amigo que tenía en el colegio. Sencillamente estar juntos, sin hablar de nada en especial. Bongo es nefasto jugando a las cartas emparejadas. Si quiere que siga jugando con él, va a tener que despabilar. Elegí las cartas de animales

precisamente para darle una posibilidad, pero mientras que yo formo pareja tras pareja de zorros, castores, ardillas y palomas torcaces, Bongo no empareja nada. Es absolutamente incapaz de recordar dónde están las cartas. Intento ayudarle señalando las cartas con el dedo y esperando que me dé alguna señal en forma de un sonido o un leve ademán con la cabeza, pero es inútil. Ni un sonido. Ni un gesto. Mi querido Bongo, le digo. No se puede decir que seas el más listo de la clase, pero aun así eres un buen amigo. Y una almohada deliciosa.

Nunca volveré a ganar dinero, de eso estoy seguro, le digo a Bongo mientras me regodeo con la victoria. Él lleva la derrota con mucha calma, hay que reconocérselo. No le preocupa lo más mínimo su prestigio ni tiene infladas imágenes de sí mismo. De importarme el dinero por encima de todo, ha pasado a interesarme tan poco como es posible en nuestra cultura. De estudiante, pensaba básicamente en el dinero y en cómo ganarlo, y consideraba imbéciles a quienes estudiaban carreras no lucrativas, le digo. Ahora, sin embargo, resulta que nada me preocupa menos que la falta de dinero. El dinero es una banalidad, un chiste del pato Donald. Un golpe en la cabeza bastó para desencadenar este cambio. Me interesaba el dinero y disponía de mi tiempo y de mis facultades partiendo del deseo de acumular tanto dinero como fuera posible. Pero de pronto me caigo de la bicicleta, me doy un golpecito en la cabeza y, en un abrir y cerrar de ojos, deja de interesarme el dinero. Lamento confesar que tampoco es que

me interesen demasiado otras cosas, pero tengo la esperanza de que eso cambie algún día. Y quizá reúno las condiciones para que suceda. Tengo una tienda de campaña en el bosque y grandes cantidades de tiempo y de carne, y además tengo a Bongo, mi nuevo amigo. Tengo la sensación de que nos conocemos de toda la vida. Y mi mujer se engaña si cree que en mayo voy a volver con ella, el niño nuevo y los demás seres humanos. No pienso hacerlo. Al contrario, noto que más bien tengo planes de no hacerlo. Tendrá que venir a buscarme y llevarme a rastras. Y con el embarazo tan avanzado no logrará hacerlo, ni de coña.

He hecho tantas cosas...

He sido tan aplicado...

Me he aplicado como un cabrón.

Era aplicado en la guardería. Era aplicado en primaria.

Era aplicado en la escuela media. Era asquerosamente aplicado en el bachillerato, no solamente en lo que se refiere a las asignaturas, sino incluso en lo social. Estaba bien preparado sin llegar a ser un empollón, pero tampoco me limitaba a estudiar estrictamente el temario; hasta cierto punto, era rebelde y descarado, y en mi trato con los profesores estiraba las reglas y, aun así, les caía mejor que los demás. Con la distancia, me doy cuenta de que para lograr todo esto tienes que ser asquerosamente aplicado. Estudié con aplicación y me eché una novia superaplicada con la que acabé casándome aplicadamente, rodeado de amigos aplicados, en el momento en que me

ofrecieron un trabajo lo bastante aplicado para poder permitirme hacer un corte de manga a otros trabajos aplicados. Más adelante, tuvimos hijos con los que nos hemos aplicado mucho y nos hicimos con una casa, que hemos reformado de la manera más aplicada. Durante años, me he movido en esa realidad aplicada, en ella me he despertado y me he dormido. He respirado la aplicación hasta ir perdiendo la vida. Así ha sido, ahora lo veo. ¡Ojalá mis hijos no sean tan aplicados como yo!

Mi hija muestra preocupantes señales de aplicación y pienso que ya era hora de que me mudara al bosque, también por ella. Quizá mi estancia aquí, que ella interpreta como una incipiente locura, pueda generarle cierta inseguridad y ayudarla a encontrar un rumbo algo menos aplicado, a obtener menos logros y, en general, a colocar el listón un poco más bajo. Salvo que ya sea demasiado tarde y lo aplicado se haya instalado en ella y la haya llenado por completo. Me temo que puede ser el caso porque lo aplicado es adictivo. Una vez alcanzado cierto nivel de aplicación, eres capaz de cualquier cosa con tal de recibir refuerzo positivo de tu entorno. Es como una espiral que se refuerza a sí misma y nunca requiere un final. Puedes ser aplicado como alumno, como estudiante y, más adelante, en la vida profesional, sindical y asociativa, puedes ser aplicado como pareja, amigo y cónyuge, aplicarte como padre y consumidor, en realidad no hay nada en lo que sea imposible ser más aplicado que los demás, puedes aplicarte incluso en la forma de envejecer, de enfermar y de morir, algo que sin duda habría hecho yo

si no me hubiera caído de la bicicleta y golpeado la cabeza. Ya no me va a pasar. Moriré sin aplicarme y no pienso tratar de lograr nada más en lo que me quede de vida. No pienso conseguir nada en absoluto. He logrado cosas por última vez y he sido aplicado por última vez.

Afortunadamente, a mi hijo no le ha dado tiempo a aplicarse aún y guardo ciertas esperanzas de que todavía pueda salvarse. Mi ausencia puede salvarle, me repito a menudo. Solo echarme de menos puede generarle cierta inquietud, una nostalgia, un desequilibrio, me imagino, y ese desequilibrio puede salvarlo de lo aplicado. A mi mujer también le sentaría bien ser un poco menos aplicada. Que yo me ausente tanto tiempo acabará haciéndole mella y seguramente empiece a cometer errores. Es probable que el cansancio la vuelva irascible y difícil en su trato con los niños. Al dormir menos, quizá le falle ese excedente habitual de fuerzas que la hace tan aplicada y firme en su trabajo, y eso, inevitablemente, le producirá mala conciencia. Hay pocas cosas que mermen más su aplicación que la mala conciencia. Con mi estancia en el bosque, estoy salvando a toda la familia. Ellos consideran una desventaja que yo esté aquí, pero en realidad supone nuestra salvación. Mi familia y yo tendremos mucho que agradecerle al bosque si algún día decido volver.

Aunque no veo nada que pudiera empujarme a volver. Aquí arriba, no me expongo a tratar con otros seres humanos y ellos tampoco tienen que tratar conmigo. Los demás están a salvo de mis sarcasmos y de mi odio, y yo

de sus maneras aplicadas y sus estupideces. A mí me parece un buen acuerdo.

Además, me sirve de entrenamiento para soportar la soledad. Me entreno en convivir con ella, tal como hizo mi padre, quizá sin saberlo. Mi padre estaba absolutamente solo. Durante gran parte de su vida tuvo a mi madre, pero aun así estaba solo. Durante los últimos cuarenta años, nos tuvo a mis hermanos y a mí, pero eso no le hacía estar menos solo. No sé qué pensaba cuando se levantaba por las mañanas, cuando se acostaba, cuando salía a esquiar o cuando fotografiaba retretes. Nunca lo he sabido. Y ya no existe. Podría argumentarse que en realidad nunca existió, puesto que solo existió en él mismo. Quizá hubo algo o quizá no. Es como el gato de Schrödinger. Metes a un gato en una caja en la que hay un átomo de alguna sustancia radioactiva que, en caso de desintegrarse, dispara un mecanismo que libera un ácido mortal. Pero como no puedes ver el interior de la caja, no sabes si ha ocurrido o no. Por eso, has de suponer, al mismo tiempo, que el gato sigue vivo y que está muerto. Mi padre vivió en una caja como esa. Puede que pensara mucho o que pensara poco. Quizá se lo pasara bien o quizá no. Estaba totalmente vivo y totalmente muerto al mismo tiempo. Ahora solo está muerto.

Nacemos y morimos solos. Antes o después hay que asumirlo. La soledad es fundamental para todo el entramado. Es, como quien dice, la viga de carga. Puede que vivas con otros, pero «con otros» significa por lo general «al

lado de otros». Lo cual está bien. Vives al lado de otros y, en algún momento de suerte, incluso junto a ellos. Te sientas en el mismo coche, comes la misma comida y celebras la misma Navidad, pero eso no es lo mismo que ir juntos en el coche, comer juntos o celebrar juntos la Navidad. Son extremos opuestos. Dos planetas. Por cierto, acaban de descubrir un cuerpo celeste que unos dicen que es un planeta y otros que no. Creemos saber mucho, pero en realidad no sabemos ni distinguir un planeta, y menos aún quién es nuestro padre. O quién fue. Y tú, le digo a Bongo, tú no tienes la más remota idea de quién es tu padre. Quizá él también viva en una caja, en una caja en el bosque. Lo único que sabes con certeza es que es un alce, le digo. Y probablemente un alce bastante grande, puesto que logró aparearse con tu madre, que también tenía un tamaño considerable, por no decir que era enorme. Tú también te harás grande, le digo, mientras lo saco de la tienda para medirlo contra un pino. Procuero que mantenga la cabeza erguida para colocarle un libro encima, luego hago una marca en el árbol al ras del libro y, al lado, anoto la fecha con el cuchillo. Ahora veremos lo rápido que creces, le digo.

Unos días más tarde, por la noche, cuando la hoguera está a punto de extinguirse, caigo en la cuenta de que la comparación entre el gato de Schrödinger y mi padre era demasiado aplicada. De nuevo he intentado aplicarme. Incluso estando solo y habiendo decidido no ser aplicado, lo soy. Es una enfermedad.

Otro dato bastante inquietante que me dio mi madre sobre mi padre fue que, durante uno de sus muchos viajes al sur, después de una velada en la que, si no me equivoco, habían comido y bebido bien, mi padre dijo que, si él moría primero, ella debía procurar enterrarlo con un huevo rítmico. Le explicó que tenía que meterle uno en el bolsillo de la chaqueta del traje y luego asegurarse de que los de la funeraria le pusieran ese mismo traje. Ella se lo tomó en serio, a pesar de que se encontraban en ese entorno tan sureño y animado. Según mi madre, esa fue la única vez en su vida que mi padre pronunció las palabras *huevo rítmico*. Cuando murió, debatimos entre nosotros si tomarnos el asunto en serio. Mi hermana opinaba que no, pero al final decidimos hacerlo, así que me fui a una tienda de instrumentos musicales y compré un huevo rítmico de color rojo. No era caro y, al salir de la tienda, lo probé tímidamente. La verdad es que tenía su efecto. En cierto modo, resultaba estimulante. No me costó imaginarme que, acompañado de otros instrumentos, pudiera contribuir a generar un ambiente sugestivo. Primero un ritmo básico, claro. Después un *beat* más complejo, con síncopas más atrevidas. Y por fin el huevo rítmico, como un sublime condimento. Cuando está, no te das cuenta, pero cuando no está, sí notas su ausencia. Eso es el huevo rítmico y, al mismo tiempo, eso era mi padre. Sin embargo, que yo sepa, nunca demostró afición alguna por los ritmos ni los instrumentos de percusión. Tal vez sea que aquella noche en el sur estaba achispado y feliz, con la cabeza llena

de la música sureña que sin duda los había acompañado durante toda la velada, y que por un instante, como ocurre a veces, se le pasó por la cabeza que su vida debía contener más ritmo, más baile y más música, más libertad y menos cosas aburridas y cotidianas, algo que, en un momento dado, puede ocurrírsele a cualquiera, no hay nada malo en ello, supongo que a todo el mundo le pasa. De pronto sientes que tu vida está llena de algo que no debería llenarla tanto, pero que te falta otra cosa que ves que tienen los demás, por ejemplo, ritmo, alegría, enjundia, niños o cualquiera de las cosas que por lo general se perciben como buenas y llenas de sentido. Mi padre pudo tener uno de esos momentos cuando estuvo en el sur. O quizá fuera un simple ataque de ansiedad ante lo que le esperaba en el más allá, unido a la idea de que el huevo rítmico, de un modo u otro, pudiera asistirle en el camino, mostrarle la senda por donde ir después de muerto, ayudarle a superar los obstáculos y los retos que pudieran surgir por el camino. Estoy especulando, claro, pero sé que leía mucho y que, por lo general, lo que leía se lo guardaba para él. Leía literatura clásica. Y por lo que tengo entendido, esos libros hablan mucho de la muerte y tampoco están exentos de los distintos mundos de los muertos, de lo que hace falta para llegar a ellos, etcétera. Pero no creo que haya muchos huevos rítmicos en la literatura clásica. Seguro que no los hay en los viejos textos griegos y tampoco deben de abundar en los escritos romanos. De dónde se sacaría eso mi padre seguirá siendo un misterio, ni más ni

menos. Ahora ambos descansan bajo tierra, mi padre y el huevo rítmico. Espero que con el tiempo se vayan haciendo amigos.

Antes de acostarnos, Bongo y yo meamos en el sitio habitual, contemplando la ciudad y el fiordo. Es una noche fría y despejada y veo que hay luz en algunas de las ventanas del Instituto Meteorológico. Supongo que esa gente tendrá cosas que hacer tanto de día como de noche. Tendrán que cercar el tiempo, investigarlo y desarrollar sus modelos. Una tarea infinita. El tiempo no cesa y tampoco se toma descansos. Pero la nieve se está haciendo esperar. El año pasado llegó pronto y cuajó. Desde octubre estaba todo nevado; sin embargo, este año, no tiene pinta de que vaya a nevar todavía. El sol y la alegría reinan entre los seres humanos. Pero yo prefiero la nieve. Una copiosa nevada es lo único que de verdad me gusta. No hay nada que me disguste menos que una nevada. Puedo pasarme horas en la ventana viéndola caer. El silencio de la caída de la nieve. Eso puede aprovecharse para algo. Lo mejor es verla caer contra una fuente de luz, una farola, por ejemplo. O salir fuera y dejar que te caiga encima. Eso es riqueza. Y es más divertido que lo que tú mismo puedes hacer. Y además me gusta quitar nieve, no me canso de hacerlo. También me gusta el hecho de que a los demás no les guste la nieve, de que se irriten cuando cae la primera nevada y de que, tras una vida entera en Noruega, no hayan llegado a aceptar la nieve y se dejen provocar por ella. Por eso, cuando nieva, me regodeo

un poco. Hay en ello un elemento de disfrute por el mal ajeno. Pero ahora los cabrones del Instituto Meteorológico me están quitando la nieve. Se ha vuelto inestable y ni siquiera tengo la certeza de que vaya a volver nunca. Eso supone una pesada carga para mí. Escogería la nieve frente a casi cualquier cosa, y frente a la mayoría de las personas. Quizá incluso frente a ti, Bongo, le digo mientras nos sacudimos las últimas gotas de pis. Pero es una cuestión hipotética, no hay que darle demasiada importancia, le digo. No le des muchas vueltas. Tú también me gustas, Bongo. Tienes buen carácter. Aunque no seas precisamente la nieve.